



LEONA VICARIO (*)

I

Reclusión y Libertad

Del Colegio de Belén
los recios muros ocultan
á doncella que es tesoro
de bondad y de hermosura.
Luce en su frente el candor
del alma sin nube alguna,
y de sus ojos tan negros
como sus cejas oscuras,
escápanse de virtud
los destellos que fulguran
á la manera del astro
al disiparse la bruma.
¿Qué tiene la hermosa joven,
por qué sus quejas se escuchan
lo mismo al rayar el alba
que cuando el sol ya no alumbra?
De Nueva España nacida
en la metrópoli culta,
en Abril de setecientos

(*) Se consultó la interesante obra: "Leona Vicario," del señor Lic. don Genaro García, para escribir el presente romance.—N. A.

ochenta y nueve, su cuna
 cubrióse con los cendales
 de la existencia que arrullan
 los cánticos del amor
 en bienhechora coyunda
 con la suerte bonancible
 que calma y dicha asegura.
 En breve quedóse huérfana,
 y aunque posición la ayuda,
 siente en su pecho el vacío
 de seres que no la escudan;
 que si un tío la acompaña
 del mundo en la horrible lucha,
 es de distinto pensar
 y esto su confianza trunca.
 Agustín Pomposo vive
 sirviendo al rey sin disputa,
 como antiguo caballero
 fiel al trono que le busca.
 Leona Vicario es ardiente
 partidaria de la "chusma"
 que allá en Dolores alzó
 por la Independencia un cura;
 y en el campo donde alienta
 con Morelos la fortuna,
 hay un bravo paladín
 á quien la brega no asusta,
 ni el castigo que á traidores
 los virreinales auguran.
 Andrés Quintana es el bravo
 paladín que con fe pura
 á Leona brinda su amor,
 sus afecciones profundas.
 Y lejos se halla el amante
 y el lloro la faz inunda
 de la joven que á su Andrés
 idolatra como nunca.
 Don Agustín, que comprende
 de su sobrina las luchas,

su adhesión por los guerreros
 de la libertad augusta,
 al Colegio de Belén
 la lleva como reclusa,
 para que el Gobierno juzgue
 su devoción y su culpa.
 Allí vive la doncella,
 los recios muros la ocultan;
 allí de sus puros labios
 las hondas quejas se escuchan,
 lo mismo al rayar el alba
 que cuando el sol ya no alumbra.

Más de un mes ha transcurrido
 desde el día en que reclusa
 se viera en aquél colegio
 la joven hermosa y pura.
 Sus amigos, los parciales
 de la Independencia, luchan
 por salvarla á toda costa
 de la prisión que la abruma;
 y entre aquellos defensores
 del suelo que vió su cuna,
 está Andrés el adorado,
 que la protege y escuda.
 No falta entre los realistas
 que de la joven se ocupan,
 personaje que asegure
 que el colegio no se ajusta
 á quien esconde en el pecho
 ideas de importancia suma;
 que temiendo la evasión,
 indispensable lo juzga
 sea trasladada sin tregua
 á otro sitio la reclusa.
 Mas corre el tiempo y no cambia
 de los jureces la conducta,

y ya mira realizada
Leona Vicario su fuga.

Como Abril del año trece,
y al abrigo de la obscura
noche que tiende su velo
por la metrópoli culta,
seis embozados se acercan
á la fábrica vetusta
donde la joven Vicario
con sus pensamientos lucha.
Dos se encaminan en breve
á la portería muda;
con presteza á los guardianes
de aquél lugar aseguran;
dirigense al aposento
que á la joven les oculta,
y dos minutos después
emprenden la ansiada fuga
llevando el rico tesoro
como emblema de fortuna.

Algunos días más tarde,
cuando vigilancia suma
disminuyó sus ardores,
sin esperanza ninguna,
pobres arrieros salían
de la metrópoli culta
con un atajo de burros
llevando cueros y frutas.
Sobre "hualcales" marchaban
mujeres con caras mustias,
demostrando en sus harapos
las indigencias que abruman.
Entre aquellas infelices
caminaba alegre una

negra, de aspecto infernal,
en cuyo semblante, nunca
hubiérase sospechado
á aquella joven reclusa
que se demostrara ardiente
partidaria de la "chusma
que allá en Dolores alzó
por la Independencia un cura.
Ella había dicho al borrar
con la tinta su hermosura:
"No importa que yo parezca
"de los avernos la furia,
"si así logro contribuir
"á la libertad futura
"de aqueste suelo bendito
"donde se meció mi cuna."

II

Un matrimonio de insurgentes

Alegre está la campiña,
muy alegre el campamento;
la naturaleza viste
de ricas galas el suelo.
En todas partes la luz,
el perfume, los conciertos;
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.

¡Qué entusiasmo en los hogares,
qué día tan puro y sereno;
cómo se eleva el espíritu
á la región de lo bello,
y cómo brinda el amor
con sus plácidos ensueños,

al que un instante se acoge
á dulce paz y sosiego!

Agítanse los soldados,
bulle la gente del pueblo;
la música con sus sonos
va aumentando el embeleso
de que poseídos se hallan
los corazones aquellos
de la turba campesina
y de los bravos guerreros,
que treguas dando al combate
y á los heróicos esfuerzos
por conquistar en el mundo
la Independencia de México,
se olvidan de la amargura,
de la inquietud y el desvelo,
para unir sus ilusiones
al mutuo contentamiento.

Tras largos meses de ausencia
en que marchitas se vieron
las flores de la pasión,
de los deleites supremos,
y agobiadas por el soplo
de vendavales maléficos,
sin aroma ni matices
rodaron por el desierto;
don Andrés Quintana Roo,
del insurgente modelo,
torna á mirar en sus brazos
al dulce y cándido objeto
de su risueña esperanza,
de sus amores sin término.

Y el buen Dios, que sus bondades
derrama sobre los buenos,
premiando así las fatigas
y los dolores acerbos,

une al fin con lazo fuerte
a los que vida pusieron
y bien estar y reposo
en bien del nativo suelo. (*)

Mas la tregua no se impone
de lucha en horribles tiempos;
es preciso que á la lid
tormen los bravos guerreros;
que si por la patria luchan
y su innegable derecho,
indigno de mexicanos
fuera hundirse en el beleño
que la dicha les ofrece
con su quietud y sosiego.

Y allá van los combatientes
con su titánico esfuerzo,
á medir sus energías
con el valor del ibero;
y quédense en lontananza,
para los ánimos quietos,
endechas en la espesura,
entre las flores el céfiro,
arriba el azul sin mancha
sobre los picos excelsos.

III

El Sacrificio y la Gloria

Apenas brota la luz
del Congreso en Chilpancingo,
y ya se obliga á sus miembros
á emprender aquel camino

(*) No ha podido averiguarse todavía el lugar y fecha exactos del matrimonio de los dos insurgentes.—N. A.

de lutos y privaciones,
de desengaño infinito,
que fué imágen del Calvario
para los patriotas dignos
que en las aras del deber
y del santo patriotismo,
sacrificáronse fieles
sin exhalar un gemido,
la cabeza enguida y firme,
en la mirada los vivos
fulgores que centellean
de genios nunca extinguidos,
y en el corazón lo noble,
lo que se eleva, lo altivo,
lo que desafiando está
la furia del enemigo,
con ese ardor que presiente
libertades ó suplicios.

Y así marchan sin temor,
en pugna con el destino,
por los montes y los valles,
los pueblos y los bohíos.

En Tlacotépec descansan
por un momento tranquilos,
y luego sigue la errante
comitiva por los sitios
de Las Animas, Uruapan,
Potuco, Tiripitío.

En todas partes se yenguen
los realistas enemigos;
mas al acero se oponen
los denodados civismos
de los que llevan por guía
en la ruta del martirio
la estrella de redención
para México cautivo.

Entre aquellos luchadores,
los de sin par heroísmo,
levántase la mujer
de Quintana Roo el invicto,

que desafiando las penas,
dolores y sacrificios,
de grupo en grupo camina
impartiendo sus auxilios
y derramando en las almas
de los pobres fugitivos
las frases consoladoras
de un futuro bendecido
en que la hoguera no allumbra
de la matanza y el vicio,
sino la aurora feliz,
de la contienda al abrigo.

Con la muerte conquistaron
la corona del martirio,
Morelos y Matamoros,
Galeana y otros dignos
de sempiterno laurel
y de inmarcesible olivo.

Ya no funciona el Congreso
que naciera en Chilpancingo;
la traición y la perfidia,
la desconfianza, el olvido,
surgir hicieron las crueles
escenas de San Francisco (*)
mas por los montes y valles,
los pueblos y los bohíos,
encamínanse afanosos
los patriotas fugitivos;

(*) "El Supremo Congreso entró en Tehuacán, el 16 de Noviembre (1815), y el 10 del siguiente mes, acordó trasladarse al pueblo de Coxcatlán, para gozar de mayor seguridad; pero poco tranquilo aún, se retiró de allí á la hacienda de San Francisco, donde fué aprehendido y disuelto, pocos días después, por fuerzas insurgentes rebeladas en su contra."—Obra del señor Lic. Gareta, ya citada.—N. A.

la dolencia no quebranta
su valor y su prestigio,
ni hiere sus ilusiones
lo próximo del peligro.

Estrechados más y más
y á cada paso seguidos
por virreinales que quieren
aprehenderlos de continuo,
don Andrés Quintana Roo
y su esposa, pobre asilo
demandan en Achipixtla,
y una cueva les da abrigo.

Falta de dulce calor,
sin pañales, sin arañños,
mas con el fuego sagrado
que brota del patriotismo
y el santo amor de sus padres,
reflejo de amor divino,
vió la luz una criatura,
Genoveva, cuyo brillo
iluminó como aurora
el horizonte sombrío. (*)

Y la leyenda refiere,
en su lenguaje sencillo,
que en un "huacal" fué llevada
la niña al almo recinto
que alzaba lejos, muy lejos
su campanario mezquino.
Allí en brazos de Ravón,
del general noble y digno,
purificáronla entonces
con las aguas del bautismo;
y aquella niña fué el lazo
que más unió los destinos
de dos grandes redentores

(*) El Nacimiento de la niña Genoveva, tuvo lugar en la cueva de Achipixtla, el 3 de Enero de 1817, según consta en el libro citado en la nota anterior.—F. V.

de nuestro suelo oprimido;
el imán al que tendieron
culto y afecciones íntimos,
y en la futura contienda
con los dolores prolijos,
el bálsamo bienhechor,
de sus penas lenitivo.

¡Sublime culto á la patria
que así elevas al cautivo
de la condición de esclavo
á la de hombre redimido;
culto que engendras fortuna,
levantas á los caídos
y haces brillar en la Historia,
como diamantes purísimos,
las prodigiosas labores
que los genios redimidos,
que, como Leona Vicario
con su ardiente patriotismo,
ejemplo dieron al mundo
de abnegación, de cariño,
labrando con sus virtudes,
por los siglos de los siglos,
la recompensa de gloria
que ofrecen los redimidos
al que surge en el Tabor
después de los sacrificios!

FULGENCIO VARGAS.



VILLALONGIN.

I.

El caudillo de Dolores,
el gran padre de la patria,
que fué el primero que heróico
apresuróse á salvarla;

Si bien triunfó en Guanajuato,
donde entre lluvia de balas
tomó, al fin, de Granaditas,
la Alhóndiga amurallada,

Y en el Monte de las Cruces,
con sus huestes entusiastas,
alcanzó sobre Trujillo
de la victoria la palma;

En San Gerónimo Aculco,
de la fortuna voltaria
sufrió los crueles desdenes,
y vió humilladas sus armas.

Pero tan grave desastre
al gran héroe no amilana,
que es de un acerado temple
su ardiente y fogosa alma.

Tal derrota fué aguijón
para su valiente espada,
y la sangre de sus bravos
juró, cuanto antes, vengarla.

Para reparar sus fuerzas,
para proveerse de armas,
y ponerse en aptitud
de emprender nueva batalla,

Resuelve á Valladolid
dirigir luego su marcha,
y sus tropas se encaminan
á esta ciudad michoacana.

II

Erase el diez de Noviembre,
cuando difundióse pronta
la noticia de que Hidalgo,
con el grueso de sus tropas

Llegaba por la garita
que del "Zapote" se nombra,
y á ocupar la población
se disponía sin demora.

El intendente Anzorena
que Hidalgo en ocasión otra,
nombró para tal encargo
por ver que era buen patriota,

Se apresuró á recibirlo
con la esplendidez y pompa
que merecía el caudillo
de nuestra América hermosa.

Su presencia, el entusiasmo
despertó en las almas todas,
y en defensa de la patria
quisieron volar fogosas.

Muchos vallisolitanos,
ansiosos de lustre y gloria,
se aprestaron á engrósar
del héroe ilustre las tropas.

Entre ellos fué Don Manuel
Villalongín, cuya esposa,
doña Josefa de Huerta,
era su delicia toda.

Pero amante al mismo tiempo
de su patria encantadora,
se resolvió ir á la guerra
dejando á aquella llorosa.

Dice ¡adiós! á su consorte;
en su brioso corcel monta;
y marcha á Guadalupe
con Hidalgo á quien adora.

III.

El valiente Antonio Torres
que en terrenos de Jalisco,
de la sacra Independencia
propagara el fuego activo;

Salte al encuentro del héroe
con inmenso regocijo,
y llega á San Pablo Anasco
á donde fué á recibirlo.

Todas las autoridades
y principales vecinos,
con un suntuoso banquete
le obsequiaron contentísimos.

Al llegar á la ciudad,
el clero todo reunido,
cantó un solemne "Te Deum,"
dando gracias al Altísimo.

Y después allí en palacio,
respetuosos y sumisos,
á darle fueron sus plácemes
los galantes tapatíos.

La oficialidad de Hidalgo
provoca elogios muchísimos
por su elegante apostura,
su aire marcial y su brío.

El, para excitar su aliento
y darle mayor estímulo,
les brinda ascensos honrosos
á los que juzga más dignos.

En Villalongín notando
gran valor y patriotismo,
éi, de Mariscal de Campo
le honra luego con el título.

El valiente michoacano,
véndose así distinguido,
jura de grado tan alto
jamás, nunca hacerse indigno.

Jamás rendirse cobarde,
y jamás, pedir sumiso,
en ninguna circunstancia
el indulto al enemigo:

Pelear siempre sin descanso
hasta triunfar por su brío,
ó en las aras de la patria
perecer, como buen hijo.

IV.

Calleja, al tener noticia,
de que se encontraba Hidalgo
en Guadalajara al frente
de su ejército esforzado,

Se apresura ir á batirlo,
y dejando á Guanajuato
emprende luego su marcha,
llegando impaciente á Lagos.

Se une con Cruz, y reunidos
ya los ejércitos de ambos,
forman uno solo y fuerte
do va el marqués de Gallardo.

Hidalgo no se intimida;
sino que por el contrario,
lleno de fe y de confianza
y iatiendo de entusiasmo,

Salir al encuentro vuela
del enemigo, tomando
posiciones en el Puente
que es de Calderón llamado.

Calleja el ataque emprende,
el regimiento San Carlos
retrocede por dos veces
y su coronel Ceballos.

Hidalgo, Torres y Allende
se baten cual leones bravos,
y hacen esfuerzos heróicos
que admiran aún los hispanos.

En medio de la refriega,
como un paladín luchando,
se mira un bravo insurgente
sobre arrogante caballo;

Es Villalongín que alcanza
de gloria espléndido lauro,
y entre medio de las balas
se ve sereno y gallardo.

La victoria que indecisa
se le miró vacilando,
al fin brinda sus favores
al ejército contrario.

Nuestras tropas se dispersan,
para el Norte marcha Hidalgo,
y Villalongín retorna
hácia el suelo michoacano.

V.

Así cual basta una chispa
para incendiar desde luego
los campos, en una hornaza
los poblados convirtiendo;

Del mismo modo la guerra,
con su devorante fuego,
en el vasto Michoacán
hizo resonar su estruendo.

En las regiones del Sur
si el intrépido Morelos,
seguido de la victoria,
iba blandiendo su acero,

Rayón sostenía en Zitácuaro
con gran heroísmo el cerco,
y allí Benedito López
se distinguía por su esfuerzo.

Manuel Muñiz en Tacámbaro,
intrépido guerrillero,
recorría Turicato,
Ario, Acuitzio y Undameo.

El valiente Antonio Torres,
cual ninguno, bravo, intrépido,
con el Padre Navarrete,
en Zacapu, en Zipimeo,

Con Castillo Bustamante
medían sus armas violentos
y en Pátzcuaro y Cucupao
escursionaban ligeros

Entre todos, quien sus bríos
como indomable guerrero
mostraba, y nunca cobarde
se le vió huir como ciervo.

Era aquel Villalongín
que juró morir primero,
que rendirse al enemigo,
ni traidor venderse pérfido.
Por eso grande ojeriza
le tenían los europeos,
y de tomar de él venganza
abrigaban los intentos.

VI

Corría el año de once,
y el sanguinario Trujillo,
en Valladolid mandaba
como un cruel tirano inicuo.

El rencor hervía en su pecho;
el odio era su delirio
y la terrible venganza
la sed de su innoble espíritu.

Siempre en perpétua zozobra
estaba en su domicilio,
pues los bravos insurgentes
no le dejan tranquilo.

Cualquiera detonación
le parecía el enemigo,
y temblaba al escuchar
el más inocente ruido.

Muñiz, Torres, Navarrete,
Rayón y Verduzco Sixto,
eran hombres que le hacían
temblar y ponerse lívido.

Villalongín entre todos,
que excursionaba atrevido
por los pueblos inmediatos
sin conseguir destruirlo,

Era el que más le inquietaba;
y para que, al fin, sumiso
el temible guerrillero
viniera á indultarse tímido,

El demonio le inspiró
el proyecto más maligno
que pudo en cabeza humana
caber, y en un pecho impío.

A ejecutarlo se apresta
aquel tirano maldito
que siempre será en la historia
el borrón más renegrido.

VII.

Doña Josefa de Huerta,
de Villalongín la esposa,
que en su hogar vivía tranquila
como una honrada matrona;

Pasaba los largos días
y de la noche las horas,
en su consorte pensando
y suspirando amorosa.

A la reina de los cielos,
consuelo de los que lloran,
en silencio dirigía
oraciones fervorosas,

Para que de los peligros
y las balas silbadoras
librara á su esposo amante,
como madre cariñosa.

Dulce consuelo tenía
en su soledad recóndita,
y un alivio á sus pesares
hallaba la fiel esposa.

Cuando con toda reserva,
cuando con cautela toda
de su Manuel le venía
alguna carta afectuosa,

Donde el bravo guerrillero
le refería las victorias
que en los campos alcanzaba
con su espada vencedora.

Así pasaba los días
y de la noche las horas,
suspirando por su esposo
aquella digna matrona.

Cuando hé aquí que de repente
penetran hasta su alcoba
los esbirros de Trujillo
con saña amenazadora.

Y sin respeto á su sexo
ni á su calidad notoria,
con ultrajante manera
presa violentos la toman.

Y por la calle, cual réo
vulgar, con palabras toscas
la llevan hasta la Casa
de Recogidas, la arrojan

En asquerosa prisión;
confundiéndola á la matrona
con las viles criminales
que allí encarceladas moran.

—¿Qué delito he cometido?

A solas se preguntaba,
al verse en mazmorra oscura,
aquella inocente dama.

¿Qué delito ha cometido?

¿Qué de su prisión es causa?
Muy pronto el tigre maldito
se acercará á revelársela.

En efecto, el cruel Trujillo
que tiene más negra el alma
que el sombrero que le cubre
y el embozo de su capa,

Al calabozo penetra
y con ásperas palabras,
y con acento furioso
así le dice á la dama:

—“Usted, señora, es la esposa
de un vil bandido que anda
con gavilla de insurgentes,
contra el rey sobre las armas.”

—“Mi esposo no es un bandido,
le contesta ella indignada,
es un valiente que lucha
por liberrar á su patria.”

—“Es un bandido, repito;
y vengo á notificarla,
que si dentro de tres días
de la presente semana

No se indulta su marido
y no depone las armas,
usted, esa es su sentencia;
usted será fusilada.

Puede hacérselo saber;
un propio irá con la canta,
y procure persuadirlo
á que deje la campaña.

De lo contrario, ya sabe:
la muerte es la que le aguarda,

y él, cuando fuere aprehendido,
le destrozarán las balas."

Y con ademán grosero,
sin proferir más palabras
del calabozo salió
dando arrogantes pisadas,

Dejando á la infeliz presa
afligida, consternada,
con el dolor en el pecho
y en los ojos con las lágrimas.

IX.

En el campo se encontraba
el aguerrido insurgente,
cuando observa que un correo
hacia en dirección de él viene.

Le da un vuelco el corazón;
una desgracia presiente,
y al encuentro del que llega
va pronto sin detenerse.
una carta aquél le entrega,
rompe el sobre prontamente
y con el alma angustiada,
de prisa, de prisa lee.

Al concluir, fuego sus ojos
arrojan, estremecerse
de ira é indignación el alma
el bravo guerrero siente.

—"Está bien, dice al enviado,
procurando contenerse,
yo veré lo que resuelvo,
vuélvase inmediatamente."

Cuando el correo en el camino
al irse, desaparece,
Villalongín así exclama
con voz iracunda y fuerte:

—"¿Conque el infame Trujillo
que yo me indulte pretende,

y pone presa á mi esposa
para así más compelerme,
Y llega su tiranía
hasta sentenciarla á muerte,
si yo no rindo las armas,
como un cobarde? ¡qué alevé!

¡Indultarme! ¡Jamás! ¡Nunca!
En juramento solemne
lo ofrecí y he de cumplirlo
aunque á todo el mundo pese!

¡Dejar que mi esposa amada
como víctima inocente
sea sacrificada! ¡nunca!

¡Debo ir á salvarla, y breve!
Y con ademán resuelto,
con los acicates hiere
su caballo, y sus soldados
hace reunir prontamente.

X

De Valladolid Trujillo
la marcha emprende ligera
para ir á conferenciar
á Acámbaro con Calleja,

La situación que aquél guarda
es apurada y extrema,
pues las tropas insurgentes
de amenazarle no cesan.

Deja encargada la plaza,
entre tanto que él regresa,
al teniente coronel
Sola, que á él se asemeja

En crueldad, y á quien le encarga,
ó más bien dicho le ordena,
que si dentro de tres días,
sin más prórroga ni espera,

Villalongín no se indulta,
ejecute la sentencia

sin remisión ni piedad,
dándole muerte á la presa.

Esta ve pasar las horas
en una angustia suprema,
solo esperando el momento
postrero de su existencia.

Y aunque morir le es amargo,
y más de tan cruel manera,
lo prefiere así mejor,
que no, por salvar á ella,

Su esposo arroje una mancha
en su honra tan limpia y tersa
indultándose cobarde,
traicionando su bandera,

Y solo siente no verle
por la vez última y tierna
en sus brazos estrecharle
como su fiel compañera.

Por eso en su calabozo
llora, suspira y se queja
de su suerte infortunada
la infelice prisionera.

XI

Las luces del nuevo día
tiñen de carmin y gualda
las regiones del Oriente
donde el "Punguato" se alza.

Del "Zapote" en la garita
vigilante el retén se halla,
aquel punto resguardando,
que es de México la entrada,
Aparece de repente,
de la loma por la falda,
que viene hácia la garita,
un grupo de gente armada.

El retén pronto lo observa,
se pone al instante en guardia,

y—"¡Quién vive!"—el centinela
con voz imponente exclama.

—"¡La Independencia! contestan
los que llegan, y sus armas
tienden, hacen fuego—"¡Adentro!"
grita el jefe que los manda.

Y cual leones irritados,
los asaltantes se lanzan
sobre el retén, este huye
rápido por la calzada,

De la ciudad hacia el centro
volteando las espaldas,
seguido por los valientes
que pican su retaguardia.

Al llegar á la plazuela
que de "Animas" se llamaba,
el jefe con su asistente
se dirige hacia la "Casa

De Recogidas," y en fuga
consigue poner la guardia,
y montando en su caballo,
y con increíble audacia,

Al edificio penetra;
nadie detiene su marcha;
angosta escalera sube;
pregunta, inquiere, amenaza,

Y logra dar con su esposa
que en la prisión se encontraba.

—"¡Manuel!" exclama ella al punto
con grande gozo en el alma.

Y él la dice—"¡Esposa mía,
ven, que tu esposo te salva!"

Al instante, presuroso
en sus brazos la arrebató;

La coloca en su caballo,
y por la escalera baja;
sale á la plazuela, entonces
llevando tan dulce carga,

Triunfante y lleno de orgullo,
se dirige á la calzada,
y llegando á la garita
allí al enemigo aguarda

Que á atacarle se presente.
En efecto, sin tardanza,
Sola, al ver en la ciudad
la conmoción y la alarma
Que los de Villalongín
produjeron en la plaza,
un escuadrón, al momento,
sobre el insurgente manda.

Llega á la garita: entonces
con una lluvia de balas
lo recibe, y lo destroza
el guerrero con su espada.

Los soldaos del gobierno
vuelven pronto las espaldas,
y huyendo despavoridos
corren ya por la calzada.

Entonces los insurgentes,
pues su jefe así lo manda,
en vez de darles la muerte,
cual pudiera por venganza,

En corrida se contenta
con ponerles, y las ancas
azotan de sus caballos,
por burla, con sus espadas,

Los soldados europeos
llegan temblando á la plaza,
y Villalongín, valiente,
llevando á su esposa amada,

Vuelve airoso al campamento,
donde sus bravos le aguardan,
y elogiando el heroísmo
de su caudillo, le abrazan.

Ha llegado "Todos Santos,"
Puruándiro está de fiesta,
y el vecindario gozoso,
á disfrutarla se entrega.

De Villalongín las tropas
que en dicho pueblo se encuentran,
como un ataque no temen,
del enemigo, se alegran.

Mas ya la noche sombría
cubre con su cauda negra
desde los alzados montes
hasta los valles y selvas.

Poco á poco va acabándose
el bullicio en las plazuelas
de la población, y todas
sus calles quedan desiertas.

Los vecinos se recogen,
al blando sueño se entregan,
y reina doquier la calma,
y el silencio doquier reina.

En sus cuarteles las tropas
reposan; el centinela
deja oír de vez en cuando
lejano el grito de ¡alerta!

Entretanto por caminos
escusados y veredas,
Don Felipe Castañón,
con caballería europea,

Camina á marchas forzadas,
y en la madrugada llega
á Puruándiro el día dos,
dando á las tropas sorpresa.

Los insurgentes al punto,
con su jefe á la cabeza,
sostienen, cuanto es posible,
la inesperada refriega.

En ella perecen muchos,
y también ¡suerte funesta!
el bravo Villalongín
con su sangre el suelo riega.

Así en aras de la patria
sacrifica su existencia
aquél héroe michoacano
que fué fiel á su bandera.

XIII

El sol de la libertad
al fin brilló para México,
y consumada la obra
quedó que un tiempo emprendieran

Hidalgo, Allende y Aldama
y otros mil que con su esfuerzo
cooperaron entusiastas
y por la patria murieron,

Entre ellos Villalongín,
cuyo nombre celebérrimo,
Michoacán conservar quiso
para perpetuo recuerdo;

Y por eso se lo dió
en Puruándiro allí mismo
donde fué sacrificado
el insigne guerrillero.

A la plazuela de "Animas,"
patriótico Ayuntamiento,
de "Villalongín" llamóla
y así la conoce el pueblo.
Si pudo con saña impía
la cruel guadaña, del tiempo
destruir aquél edificio
do pasó el glorioso hecho

Que la historia ha conservado
en sus anales eternos,
y no están ni los escombros
de la prisión ni del templo;

En cambio, y por más decoro,
se ve allí un jardín ameno,
donde sus gratos perfumes
las flores le dan al viento.

Allí el verano derrama
sus primores con exceso,
y Flora muestra gallarda
todos sus encantos poéticos.

En graciosos surtidores
salta elevado y violento
el líquido cristalino,
que del sol á los reflejos,

Los colores del arco-iris
retratan sus chorros gruesos,
y al caer en anchas tazas
pintan el zafir del cielo.

Así Morelia ha querido
honrar al bravo guerrero
que cual patriota fué un héroe,
y como esposo ún modelo.

MARIANO DE J. TORRES.